

## **ALTERNATIVA A RAQUETAS: PASEO CON PERRO POR ZARAGOZA**

**Sábado 2 de febrero de 2019**

Parece que va a hacer muy mal día: hemos salido de paseo temprano con frío, viento y lluvia desagradables. Una vez satisfechas mis necesidades solo me apetecía volver a casa a desayunar y tumbarme en mi sillón. Pero poco más tarde ese hombre llamado Javier, el macho de la familia que vive en mi casa, me vuelve a llamar con la correa en la mano y vestido de alegres colores. ¿Qué querrá ahora? ¿A donde vamos? Bueno, otro paseíto siempre viene bien, y además parece que ya no llueve.

Una vez en la calle veo que, no solo no llueve, sino que parece que quiere salir el sol y mejora la temperatura, aunque sigue el viento.

Atravesamos mi parque y algunas calles, con el hombre siempre agarrado a mi correa y recogiendo dócilmente mis cacas cuando a mí me apetece, y llegamos a un bar donde ha quedado con otros hombres. Me quedo fuera al aire libre mientras él se reúne en el ruidoso interior con sus congéneres, otros tres hombres machos llamados Juan Antonio, José María y Víctor.

Quiero aclarar que cuando digo hombres sin concretar sexo me refiero tanto a los machos como a las hembras de la especie, también llamadas mujeres. Lo aclaro porque parece que para ellos es muy importante.

Al parecer tenían intención de ir a las montañas nevadas de los Pirineos para hacer una excursión con raquetas en la que yo habría disfrutado y corrido mucho más que ellos sin necesidad de ayudas artificiales, pero no me habrían llevado. Sin embargo, ante los avisos de mal tiempo los cuatro inscritos en la excursión han decidido, como alternativa, dar un largo paseo por los alrededores de Zaragoza, rematado con lo que llaman un vermut.

Salen del bar y seguimos por otras calles, con el hombre agarrado insistentemente a mi correa, hasta llegar a la orilla del Ebro. Por fin sueltan la correa de mi collar y puedo correr como me da la gana y disfrutar de verdad. Echamos a andar por el camino de la orilla del río en dirección hacia el este. Bueno, ellos a andar y yo a correr, saltar, revolcarme por el suelo, husmear y retozar. Solo me falta tirarme al río, pero viene muy crecido y podría pasar algún apuro para salir y además preocupar a los hombres. Como son tan lentos me sobra tiempo para correr hacia adelante y hacia los lados y volver a por ellos cuando me impaciento. Tenemos el viento a favor y parece que no molesta pero, cuando me doy la vuelta, noto unas ráfagas que me agitan las orejas hasta casi arrancarlas. Veremos qué pasa a la vuelta.

Seguimos junto al río con bonitas vistas de sotos y huertas por un buen camino. Encuentro algunos perros y nos saludamos cortésmente pero sin perder mucho tiempo. Ellos también encuentran hombres andando o en bicicleta y hacen lo mismo. Por fin llegamos a la altura de La Cartuja y nos separamos del río hacia el sur para entrar en el pueblo, visitar un poco los restos del monasterio absorbidos por las casas del pueblo y entran en un bar de esos que tanto gustan a los hombres a reponer fuerzas con cervezas, papas bravas y fritos.

Salidos del pueblo, o barrio rural de Zaragoza, vamos hacia el sur cruzando la carretera y la vía del tren hasta llegar al Canal Imperial de Aragón que, a pesar de su nombre, aquí es solo una estrecha acequia. Giramos hacia el oeste para empezar la vuelta a Zaragoza y entonces se dan cuenta por fin del vendaval que está soplando. Dicen que el viento viene de ese monte nevado que se ve al fondo. Los hombres, con su manía de andar siempre erguidos sobre las patas traseras, avanzan penosamente inclinados hacia delante con sus delicadas pieles cubiertas de ropas. Yo me defiendo mucho mejor como siempre a pesar de la agitación de mis grandes orejas.

A pesar del viento y de llevar varias horas andando disfrutamos del paisaje. Pasadas las esclusas de Valdegurriana el Canal se ensancha y parece algo más imperial. Al acercarnos a Zaragoza atravesamos varias zonas verdes creadas con exquisito gusto por nuestro querido ayuntamiento. Por fin llegamos a un bar donde vuelven a entrar para reponer fuerzas mientras yo espero fuera, como siempre.

Cuando salen del bar ya es hora de comer y, como estamos ya en Zaragoza, podríamos llegar rápidamente a nuestras casas a descansar, a atender a la familia y alguno a guisar cochinillo. Pero ya se sabe que la voluntad de los hombres flaquea enseguida cuando pasan cerca de sus queridos bares. Y hay muchos en el camino. Las paradas son constantes: unos callos aquí, unas madejas allá, unos torreznos, unas patatas. Todo comidas ligeras y nutritivas para ellos mientras yo espero paciente fuera, aguantando estoicamente el viento.

Cuando por fin llegamos a casa ya son casi las 5 de la tarde y hemos salido a las 10, aunque no pude decirse que hayamos estado andando todo el rato. Hemos recorrido unos 23 kilómetros. Bueno, eso ellos; yo, con mis idas y venidas he andado por lo menos el doble como hacemos siempre cuando paseamos acompañados de los hombres sin que se empeñen en agarrarse a nuestra correa. Ha llegado la hora de descansar en mi sillón hasta mañana. Esta tarde no necesito más paseo. Cuando alguno de los que viven en mi casa me saque la cena haré un esfuerzo, me levantaré, devoraré todo en unos segundos y a dormir otra vez.

Al final ha sido un gran día de paseo al aire libre por bonitos lugares sin necesidad de usar el coche y salir de Zaragoza. No ha sido una gran excursión por montañas nevadas pero es una buena alternativa. Me apunto a la próxima si me quieren llevar.

Febrero de 2019  
Adidas Castejón Chóliz